



*María Lejárraga*



LA MUJER ESPAÑOLA  
ANTE LA REPÚBLICA

REALIDAD

*María Lejárraga*

LA MUJER ESPAÑOLA  
ANTE LA REPÚBLICA

REALIDAD

*Nuestro agradecimiento a la familia Lejárraga por el minucioso trabajo de recopilación que vienen realizando y por el trato amable con el que siempre facilitan la labor de quienes pensamos que las palabras de María Lejárraga han de brillar con luz propia, lejos ya el silencio y la oscuridad que, por demasiado tiempo, ha amordazado el pensamiento de las mujeres.*

© de esta edición 2003. Instituto Andaluz de la Mujer.  
Junta de Andalucía.

© 1931. María Martínez Sierra

*Edita:* Instituto Andaluz de la Mujer  
*Diseño y Maqueta:* Fabiola Garrido  
*ISBN* 84-7921-105-9  
*Depósito Legal* Gr-1.373-03.

*...esperemos que el Gobierno de la Buena Voluntad Española  
nos dará derechos que hasta hoy no hemos tenido las mujeres  
el gusto de disfrutar.*

**María Lejárraga**

*Hoy, desde la perspectiva que nos da situarnos en pleno siglo XXI, descubrimos un puente de deseos y entusiasmos compartidos entre las palabras de María Lejárraga y aquéllas que, meses más tarde, pronunciaría Clara Campoamor en su defensa del voto femenino.*

*Aún en el recuerdo y en el corazón los ecos ilusionados del 14 de abril de 1931, María convoca a las mujeres a ejercer el protagonismo que como derecho y deber de ciudadanía les corresponde en la vida social y política del nuevo Gobierno de la Buena Voluntad, nombre que ella asigna a la recién estrenada República a modo de síntesis del firme compromiso social, integrador e igualitario que la anima.*

*María Lejárraga expresa lúcidamente en su conferencia que el estado de opinión de un país es una suma de opiniones personales y ese estado de opinión se crea en las urnas. Desde esta conciencia democrática y participativa, ella también está contribuyendo a crear el necesario estado de opinión favorable a la implicación activa de las mujeres en los asuntos de la vida pública. Y de su mano escuchamos la contundente argumentación de Clara Campoamor a favor del voto femenino.*

*Por ello, cuando –en este octubre de 2003– nos disponemos a celebrar un nuevo aniversario de una fecha de extraordinario significado histórico y simbólico, sirva esta edición de recordatorio para que las nuevas generaciones aborden los retos del futuro desde el reconocimiento a cuantas mujeres, como María Lejárraga y Clara Campoamor, construyeron con su esfuerzo, su constancia y su lucidez las bases sólidas desde las que hoy podemos alzar la voz para consolidar nuestros derechos en plena igualdad.*

**Teresa Jiménez Vilchez**

*Directora del Instituto Andaluz de la Mujer*

*La Patria, que para los  
hombres es LA MADRE,  
para las mujeres es EL HIJO.*

### Mujeres de España:

Permitid que empiece la primera lección de este cursillo con la afirmación que ha servido de lema a su programa: “La Patria, que para los hombres es *la madre*, para las mujeres es *el hijo*”. Por eso, el amor que hombres y mujeres tienen a la tierra en que han nacido, siendo uno en esencia... -No hay más que un amor en el mundo, ya que todos los amores que vamos sintiendo a lo largo de la vida no son sino facetas del infinito amor que nos tenemos a nosotros mismos- ...siendo, repito, uno en esencia, es diferente, y aun absolutamente opuesto en sus manifestaciones. Los hombres aman a sus hijos con preocupación. Un hombre bien nacido está dispuesto a dar gallardamente la vida por su madre. Toda mujer quiere, implacablemente, que su hijo viva.

Dar la vida, amparar lo que nace, proteger lo que crece, cuidar la flor y defender el fruto... Esa es nuestra misión, mujeres; y, afortunadamente, en eso consiste nuestra felicidad. Todas tenemos nuestro hijo, puesto que todas hacemos algo en el mundo; y obra que realizan manos de mujer es, sin que ella lo pueda evitar, obra de madre.

No todas las mujeres aman a su Patria... ni tampoco todos los hombres. La Patria no es un ser natural y, por lo tanto, el amor hacia ella no es inevitable.

La Patria no existe sino para aquéllos que han sabido crearla dentro de sí mismos.

La Patria se crea en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, merced a una serie de aspiraciones, de realidades, de necesidades, de sacrificios y de conveniencias.

Desde luego somos seres humanos, y Patria única de todos debiera ser la Tierra; pero todavía nos faltan capacidad en el entendimiento, fuerza en la voluntad y energía en el corazón para comprender, sentir y defender la fraternidad humana. Flacos y tibios como somos, no podemos aún amar en grande; y si nuestro amor ha de ser eficaz, hemos de limitar el campo y circunscribir el afecto. Por eso, hemos hecho de la tierra y de la Humanidad porcioncillas modestas y grupos recontados y registrados a que hemos dado el nombre de naciones. Lo cual no estaría demasiado mal si cada grupo, al deslindar y amillarar su campo, no hubiese creído conveniente plantar, en vez de setos de pacífico olivo, cercas de defensivas y agresivas zarzas.

Tenemos, pues, naciones. Podemos y debemos convertirlas en patrias. No quiero aquí ocuparme ni preocuparme, puesto que estoy hablando para mujeres, de los deberes de los españoles para con España. Vamos a meditar únicamente sobre los deberes de las españolas, agudizados en la hora presente por acontecimientos que yo, personalmente, considero felices, y que a todas las que estáis aquí, aunque no compartáis mi apreciación, tienen que pareceros trascendentales. Con sólo haber venido a ayudarme a pensar, demostráis que el momento os preocupa. Y al preocuparos, habéis empezado a cumplir vuestro deber.

El país, nuestro hijo... ¿supongo que todas estamos dispuestas a reconocerle?... está, en estos momentos, bajo la influencia de un cambio que es, sencillamente, un fenómeno de crecimiento. En su camino hacia la libertad, madurez de las agrupaciones humanas, ha dado un paso natural, deseable e inevitable, ha entrado en una especie de adolescencia que, desde luego, no es, ni puede ser, el último avance de su evolución. Debe el crío estar muy bien constituido y tener sangre sana, porque la transición no le ha costado demasiada fiebre. Crece el chiquillo con absoluta naturalidad. Pero mediana madre sería la que no atendiese al hijo adolescente sino cuando hay que llamar al médico. Y todas sabemos que, en las horas críticas del desarrollo, acechan al organismo multitud de microbios prontos a aprovechar la debilidad producida por el esfuerzo mismo de la transición.

Es, pues, indispensable que, ahora mismo, consagremos al desenvolvimiento normal, y normalmente peligroso, de la libertad española, nuestra preocupación máxima y nuestra vigilancia más tenaz.

¿Cómo podemos, españolas, amparar a España? Yo estoy convencida de que el mejor procedimiento que por ahora podemos emplear es sostener, con todo nuestro esfuerzo, voluntaria, voluntariosa y conscientemente, el régimen que acaba de implantarse. A nuestra España, en la hora presente, creo le conviene la República; como en otros tiempos, en los de D. Pedro I de Castilla, mal llamado *el Cruel*, por ejemplo, sin duda le convino la Monarquía, para afianzar, mediante la solidaridad del rey con el pueblo, la soberanía nacional, y evitar a la Patria naciente los horrores del feudalismo que, a la sazón, aherrojaba y entenebrecía toda Europa.

Aparte simpatías o antipatías personales, hacia las

cuales debemos demostrar el máximo respeto de no tomarlas en cuenta, porque en nada afectan a la realidad de la situación y no tienen, afortunadamente, nada que ver con la esencia misma de los hechos que estamos considerando, desearía ardientemente convencerlos antes de entrar de lleno en materia, y para no tener que volverlo a repetir, de que el hecho de juzgar preferible y oportuno lo que ha llegado, no implica, en modo alguno, odio a lo que se fue. Si consideramos este cambio como parte de un proceso biológico y no como acontecimiento político, espero que podréis hacerme la justicia de creer en mi ecuanimidad y la gentileza de compartirla. ¿Odia la madre acaso los rubios bucles de su muñeco el día en que decide cortárselos porque ya, saliendo de la *nursery*, tiene que ir a la escuela?

Quisiera poder llamar a la República por otro nombre, para que nos fuese posible a todas las españolas hablar de lo que en este instante representa en España, con tranquilidad absoluta, libres del sobresalto que en muchos corazones femeninos despierta el mal interpretado vocablo. ¡Tragedia necia ésta de las palabras! Hechas, al parecer, para que mejor podamos entendernos, sirven, en infinitas ocasiones, únicamente para confundirnos, porque ellas no varían jamás y, sin embargo, ¡cambia tan a menudo y tan radicalmente lo que quieren decir!... ¡Y pensar que por una palabra que no entienden, o que entienden al revés, se matan tantas veces tantos hombres!

Envidio a Cataluña su afortunada denominación: *Gobierno de la Generalidad*. ¿Queréis que llamemos al de toda España: *Gobierno de la Buena Voluntad*?

Hay otros cuantos substantivos, de los cuales quisiera poder prescindir al hablar con vosotras, a saber: *Política* y todos sus derivados; *Patriotismo* y los suyos; *Ideales*.

Son todas éstas, palabras acuñadas por hombres, y que no responden a realidad ninguna, dentro del ideario femenino. Además, están gastadas por siglos y siglos de uso y abuso, y ya ni los mismos hombres entienden lo que quieren decir. Pudiéramos sustituir *Política por Buen Gobierno*; *Patriotismo*, por *Cumplimiento estricto del deber*; *Ideales*, por *Propósitos firmes*. Conste, por lo tanto, si alguna vez las pronuncio, que no les doy ninguno de los mil significados diversos, parciales y contradictorios en que estamos acostumbradas a entenderlas, sino éstos otros que acabamos de adjudicarles. En fin, como hablaremos con sinceridad, espero que podremos entendernos, a pesar de las palabras.

Compañeras de estudio, en la primera lección de este cursillo, os pido disculpéis lo moderado del programa. Intentaré, con mis palabras, haceros meditar sobre los diferentes motivos que deben decidimos a sostener, con todo nuestro esfuerzo, la recién nacida República; pero hartó sé que el ideario republicano es demasiado derechista para la mayoría de las mujeres. Hasta las que os creéis reaccionarias y retrógradas, y os gloriáis de serlo, en el fondo de vuestra entraña, sólo por ser mujeres estáis muchísimo más a la izquierda que el más exaltado republicano. Nuestra aspiración, inexorable, puesto que es la voz del instinto, es conservar la vida de la especie. Madres, criadoras, cultivadoras, educadoras, nuestra labor, como toda gestación, como toda germinación, como toda cristalización, exige tranquilidad, quietud, seguridad, temperatura favorable, alejamiento de todo elemento perturbador o adverso, supresión de toda violencia; en suma, *bienestar en libertad*... Casi, casi, el programa anarquista. Ya os lo he dicho otras veces, y no me cansaré nunca de repetirlo, porque es la verdad: Toda mujer, lo sepa o no lo sepa, por imperativo inexorable de su carne y

su sangre, es anarquista conservadora. No hay que asustarse. *Anarquismo* es otra de esas palabras que no significa, ni remotamente, la que acostumbramos a entender cuando lo oímos pronunciar. Ya hablaremos de esto otro día, si os place que sigamos la conversación; por hoy, sólo quiero deciros que el motivo primero, esencial, femenino y feminista que debe obligarnos a todas las españolas, monárquicas, liberales, progresistas, tradicionalistas, socialistas, católicas o librepensadoras, moras o cristianas, a apoyar al actual Gobierno de España, es que su programa, aunque todavía, inevitablemente, un poco idealista, es decir, un poco artificial, se acerca mucho más que cualquier otro, monárquico o imperialista, a la ley natural y realista, que es nuestro solo Código.

Volvamos a nuestros deberes de madres de la Patria. El primero de todos es la serenidad... Nada de alarmas ni de alharacas; nada de gritos histéricos, ni de pánico, ni de entusiasmo; nada de discusiones desatinadas. El momento es serio, pero no grave. El pueblo nos ha dado ejemplo de cordura y de moderación. De cordura, de moderación, de sencillez y naturalidad nos está dando ejemplo el Gobierno provisional. No sé deciros qué ha sido para mi sentir íntimo de mujer más emocionante: que el pueblo haya sabido celebrar su triunfo sin cortar una sola cabeza, o que el Gobierno provisional haya querido proclamar la República sin discursos pomposos ni "salvas de ordenanza".

No han retumbado bronces, ni de cañones ni de campanas. Nadie ha hablado de Otumba, de Lepanto, de bandera gloriosa, de honor nacional.

Por una vez, el Apóstol Santiago no se ha visto obligado a matar moros. Las últimas cargas de caballería las dio la Guardia civil en Recoletos, la última noche del régimen

saliente. Para defender al entrante, no fue menester sino retirar de las calles la fuerza armada.

Nunca olvidaré ese momento, único en la Historia de España, el 14 de abril, al llegar la noche, La Puerta del Sol hervía en multitud, libre, por vez primera, después de tantos años... La muchedumbre anónima se había transformado en un ser único, y se llamaba España. Expectación apasionada le encendía corazón y cerebro en emoción cívica, sentida por primera vez, puesto que por primera vez llegaba a ella un aliento de libertad. ¡Por primera vez, hay que repetirlo! La inmensa mayoría de los individuos que formaban la multitud no había cumplido los cincuenta años, y hacía más de un cuarto de siglo que España vivía estrangulada por la ley de Jurisdicciones.

Al parecer, el pueblo español no estaba preparado para la libertad. Así lo aseguraban, al menos, los que, vistiéndolo la tiranía con disfraz de paternal preocupación, le tenían atado a los cascos de los caballos de la Guardia civil... ¿No estaba preparado?... Sin duda, el deseo, purificado por la adversidad, es la mejor de las escuelas y la más fuerte de las disciplinas. Ello es que, cuando el presidente del apenas nacido Gobierno provisional dijo, sencillamente, desde el balcón de Gobernación: “Queda proclamada la República. Vigilad vosotros y guardad el orden, mientras nosotros seguimos trabajando”, el pueblo ineducado, el pueblo ingobernable, el pueblo a quien sistemáticamente se le habían negado escuelas con la vana esperanza de que no aprendiese ni a leer ni a pensar, el pueblo a quien se dejó dueño absoluto de las calles de la capital, supo iluminar las tinieblas de su ignorancia, impuesta oficialmente, con la luz consciente y voluntaria de la razón. Y en vez de destruir y vengarse al grito, para tantos temeroso, de ¡Viva la República!, supo

respetar todo lo respetable y perdonar todo lo aborrecido para clamar con júbilo: ¡Viva España libre!

Y no es lo más grande, con serlo ya tanto, que esto sucediese en Madrid. Lo que nos vuelve el ya perdido orgullo de pertenecer a la especie humana es que esto haya podido suceder, el mismo día, en las cuarenta y nueve provincias de España. ¡El pueblo calumniado, el pueblo mantenido en infancia por la privación absoluta del derecho, apenas se sintió vagamente dueño de sus destinos, se hizo mayor de edad! ¡Viva el pueblo!

Nos hemos exaltado un poco. Perdonadme. No estamos en un mitin, sino en una clase. Y hemos afirmado que nuestra obligación consiste en prescindir de inútiles exaltaciones. Mas, tal vez la emoción, si se funda en motivos racionales, sea la más pura forma de la razón.

Razonablemente, recojamos el noble consejo que nos ha dado el Gobierno de la Buena Voluntad en el instante mismo de su instauración: Orden, vigilancia, trabajo.

Consejo, mujeres españolas, digno de haber sido dictado por boca de mujer. *Orden, vigilancia, trabajo.* ¡Consejo de buena ama de casa, consejo de madre, consejo de maestra! ¡*Orden, vigilancia, trabajo!* Ése es, mujeres, nuestro programa inevitable. Puesto que el Gobierno de la Buena Voluntad Española hace de él su bandera, estamos obligadas a ampararla, sin pensar en si tiene dos colores o tres; cuestión que, según me aseguran, preocupa en extremo a unas cuantas señoras enamoradas de la tradición, y un si es no es ignorantes de la Historia de España.

*Vigilancia.* No quiere decir esto, mujeres, que debamos nosotras servir de policía secreta al Gobierno. Ya tiene para eso su Cuerpo de Seguridad, y el espionaje y la delación no hay patriotismo que los justifique. La vigilancia que

estamos obligadas a ejercer es, muy especialmente, vigilancia hacia nosotras mismas. Una de las armas que han de emplear contra la libertad naciente sus enemigos es el esparcimiento de rumores absurdos y la siembra de alarmas injustificadas. Sin malicia, pero con inconsciencia, unas veces por credulidad, otras por darse tono de “bien informadas”, muchas mujeres -y muchos hombres, pero allá ellos- recogen las noticias sensacionales, las esparcen, las comentan, las aumentan, las deforman y suscitan una inquietud que, no por ser injustificada, es menos perjudicial. A otras, más imaginativas, no les basta comentar a su modo el rumor que han cazado en el aire, sino que le crean. Con recuerdos de lecturas, de dramas, y aun de películas, suponen lo que *tal* individuo debe hacer en *tal* situación, y, desde luego, lo dan por hecho, atribuyendo a cuantos en este momento están en evidencia, sean de un bando o de otro, acciones, muchas veces, no sólo inexistentes, sino inverosímiles, pero que, por su mismo saborcillo fantástico, encuentran acogida favorable en la multitud, siempre un poco niña y, como tal, aficionada a los cuentos de miedo... Éste, que llamaremos “chismorro político”, es el que debemos evitar y cortar resueltamente. Chisme por chisme, las que se sientan, inevitablemente, inclinadas a él, más vale que sigan chismorreando sobre los novios de la vecina que sobre los propósitos del Ministro de Hacienda.

*Orden:* El orden supone disciplina, dominio de sí mismo. Hay un orden externo de la masa, indispensable siempre, y mucho más en estos momentos. Pero no es posible conseguirle sino mediante el orden interior de cada uno de los individuos. El orden no es un hecho hasta que es un estado de opinión, y el estado de opinión de un país es una suma de opiniones personales. Uno por uno, dejando en la urna

electoral su papeleta, han creado, los españoles, el estado de opinión indispensable para la instauración del nuevo régimen. Una por una, debemos contribuir las mujeres, después de haber hecho el orden en nuestro propio espíritu, a conservar el orden nacional. Hay para él un peligro, que conviene tener muy en cuenta: el instinto dramático del alma española. Por algo el teatro es, tal vez, el arte de más gloriosa tradición en nuestra Patria. Se ha dicho muchas veces que cada español lleva en el bolsillo un drama, que ha escrito a ratos perdidos. Y el que no le sabe escribir quisiera vivirle. La gloria suprema que el pueblo español ha conquistado en esta crisis es la de cordura. Todos debiéramos estar más que satisfechos de que el Gobierno de la Buena Voluntad Española haya podido implantarse y comenzar sus tareas sin derramamiento de una sola gota de sangre. Debíáramos, pero no todos lo estamos. Hay muchos españoles de uno y otro bando que sienten, con toda su alma, el que un cambio de régimen haya sido proceso tan ecuaníme. Echan de menos la tan famosa lucha fratricida, las barricadas, los cañonazos, la guillotina. ¿Qué República es ésta —claman algunos—, que no mata aristócratas, ni quema conventos, y que en vez de colgar de un farol, después de haberlos previamente arrastrado por calles y plazas, a los culpables de delitos contra el pueblo, se dispone a juzgarles con legalidad y serenidad, como si se tratase de enjuiciar a vulgares ladrones de un saco de patatas?

Y lo más curioso del caso es que esto no lo dicen solamente unos pocos de muy abajo, sino bastantes de los de en medio. ¿A que va a resultar que el pueblo es más sensato que la clase media? Nuestro deber de orden, mujeres españolas, consiste en calmar suavemente a los exaltados, después, naturalmente, de haberles dejado vociferar un rato a

todo sabor sin contradecirles, porque la contradicción aumenta el entusiasmo y, sobre todo, procurar que estos desahogos pasionales se produzcan en el secreto del hogar, y nunca en mitad de la calle. La insensatez es contagiosa, y un exaltado, que, generosamente, da gritos en una plaza o en un café, desparrama microbios de odio, que son muy dañinos y tienen la vida muy dura y muy larga. No dejéis estos días solos a vuestros hombres, mujeres de España. Nunca como ahora ha necesitado el hombre español el freno, el poder moderador que para él representa la presencia de su mujer. Hasta al que, sólo por ser varón, se considera superior y mira a la hembra con piedad desdeñosa, le da vergüenza cometer un error o decir una tontería delante de ella.

Claro que para que vuestra compañía sea eficaz es preciso, en primer lugar, que la tontería no la digáis vosotros. Para lograr esto hay un método que casi nunca falla: No hablar sin haber pensado antes, siquiera dos minutos, lo que se va a decir.

Todos estos consejos tal vez os parezcan mezquinos y de poca monta en momentos de tan profunda significación; no lo creáis. Para hacer bien ni mal no hay nada demasiado pequeño. De gotitas de agua está hecho el mar tan grande. Muy poca levadura basta a levantar mucha masa. ¡Si supierais lo rechiquititos que son los microbios!

*Trabajo:* En España, afortunadamente, está casi todo por hacer. Y digo afortunadamente porque es mucho más fácil hacer bien de nuevo que reformar lo que está mal hecho. Todo lo que a vida social se refiere es, además, tan desconocido entre nosotros, que hasta lo más conservador suena a revolucionario. Muchas, pues, de las implantaciones (no se puede llamar reforma a establecer lo que no existe) que ha de ir debiendo España a su nuevo Gobierno, aun

pareciendo revolucionarias por la voluntad que las establece, serán inevitablemente conservadoras. Vayan, como ejemplo inmediato y bien convincente, los esfuerzos del Ministerio de Hacienda a favor del restablecimiento del crédito y los de todo el Gobierno por proteger el hecho establecido y admitido de la propiedad privada.

Esto lo digo no en son de elogio ni de censura —no estamos aquí para hacer política—, sino como aclaración que debe decidir a muchas mujeres, las cuales, sintiéndose capaces de trabajar por el bien común, pudieran rehusar su actividad por escrúpulo político.

Lo repito; casi todo está por hacer, y como es tanto y tan indispensable, España necesita el esfuerzo de todos. Y sucede que, también por fortuna, España cuenta con reservas, no sólo intactas, sino inéditas, que pueden y deben servir para organizar el pacífico ejército del trabajo. Si hay mucho por hacer, hay también mucha gente que no ha hecho nunca nada. Y, muy especialmente, mujeres. Es tal vez España el país europeo en que existe mayor número de mujeres ociosas. En la clase media, salvo muy raras excepciones, sólo se han lanzado al trabajo aquéllas a quienes ha empujado la inexorable necesidad. La nueva generación, es cierto, ha empezado a estudiar, pero la inmensa mayoría de “señoras y señoritas” de más de treinta y menos de cincuenta y cinco, precisamente la edad del esfuerzo consciente y de la actividad productora, no consagra sus fuerzas y capacidades a tarea de mayor importancia que la de ir de compras —no a la compra, ¡horror!—, pintarse la cara y decidir si el traje va a llevarse media cuarta más corto o veinte centímetros más largo.

Y esta situación no puede prolongarse. Civilización en que la mujer está ociosa, se corrompe inevitablemente.

Porque el parásito, y parásito es todo el que se hace mantener sin dar trabajo en pago, destruye el organismo a costa del cual vive. A trabajar, pues, mujeres; a aprovechar el tiempo las que hasta hoy os habéis contentado con perderle o matarle... *Perder, matar*, verbos que indican desperdicio y destrucción. Y en esta hora, todo el que quiera servir a España tiene que aprovechar y construir.

A trabajar, ¿en qué? Todos servimos para algo; todos somos capaces de hacer algo excelentemente. Excelsa obra de mujer es llevar el hogar al mundo o, si quiere, convertir el mundo en hogar. Actividades para las cuales basta tener corazón de madre y conciencia de persona honrada, están en esta tierra española absolutamente desatendidas. Sólo en lo que a la infancia se refiere, faltan escuelas, faltan sanatorios, faltan hospitales, faltan campos de juego, faltan cantinas y colonias escolares, faltan casas-cunas, faltan obradores para madres lactantes, faltan gotas de leche, faltan casas de educación para niños delincuentes. Nacen tantos chiquillos en España, que parece como si el Estado español se hubiese hasta hoy propuesto suprimir un sobrante indeseable, a fuerza de incuria. ¿A qué preocuparse de lo que tanto abunda? Siempre habrá demasiados para disputarse el pedazo de pan escaso y amargo que se puede lograr con el trabajo honrado.

Éste es sólo un ejemplo: en todos los campos de actividad que se refieren a la *vida en sí*, hay infinitos huecos que pueden ocupar las mujeres de buena voluntad. Y el nuevo régimen nos llamará a llenarlos. No todas, naturalmente, han de servir para las que se llaman *grandes cosas*, pero ya hemos quedado en que lo menudo tiene capital importancia, y la menos capaz de entre nosotras puede, si quiere, enseñar a leer y a escribir al chiquillo que está esperando el turno,

que no llega, para entrar en la escuela que aún no existe.

El Gobierno de la Buena Voluntad Española piensa en nosotras para que le ayudemos a *gobernar la casa*.

Procuremos desde hoy capacitarnos para responder a su llamamiento. Estudie cada una su vocación, es decir, piense en el trabajo que más le agradaría realizar. Pregúntese a sí misma: ¿En qué actividad podré encontrar yo placer más grande? Eso es, ni más ni menos, lo que pomposa y, al parecer, austeramente se llama *vocación*. “Que tu trabajo sea tu juego, ha dicho Goethe”, el gran trabajador y formidable saboreador de la vida...

La edad de oro de la Humanidad no existió en el pasado legendario: existirá en el porvenir, el día en que cada uno pueda libremente trabajar, hasta la saciedad, en algo que verdaderamente le apasione. Cuando todos los oficios sean nobles y todos aseguren por igual la subsistencia sin preocupación económica, los hombres habrán alcanzado la única felicidad posible. Y no existirán holgazanes —si no son enfermos— porque lo que produce desgana en la tarea es poner el esfuerzo en lo que no interesa... Ésta es la terrible condena a trabajos forzados que sufre cada vez con más rebeldía, porque cada vez va la Humanidad siendo más consciente, el setenta y cinco por ciento de los hombres, que han trabajado siempre, y casi todas las mujeres que hoy se ven obligadas a trabajar.

Volviendo a lo nuestro: Hay que descubrir la propia vocación: hay que estudiar, hay que prepararse... Dirán ustedes que siempre venimos a parar a lo mismo, que no sé otro sermón ni propongo jamás otro remedio para mal ninguno. ¡Es que no le hay! Orden, vigilancia, trabajo, ciencia y conciencia, no saldremos de ahí ni con república ni con monarquía, ni con tiranía, ni con anarquía... Nuestras actividades,

muy especialmente las de la mujer, están impuestas, determinadas y condicionadas por el destino de la especie, al cual podemos, para otorgarle majestad y nobleza exteriores, dar el nombre sonoro de Vida misma. Por lo cual, esperemos que el Gobierno de la Buena Voluntad Española y el de la Generalidad Catalana nos darán derechos que hasta hoy no hemos tenido las mujeres el gusto de disfrutar; pero, por mucho que varíe la forma de gobierno, y aunque todo Gobierno desaparezca, nuestros deberes serán siempre los mismos.

Otro motivo existe de orden, no sé decir si metafísico o de sentido común —cuando se mira con serenidad, todo es uno y lo mismo— que debe impulsarnos, mujeres de España, a sumar nuestro esfuerzo al de los hombres que hoy la gobiernan por voluntad del pueblo. La actual República española es REALIDAD. No quiere esta palabra, “realidad”, decir únicamente que el régimen actual existe, cosa que, desde luego, bien pudiera ganarle la adhesión de los numerosísimos partidarios del hecho consumado y de los fervientes del Poder constituido. Muchos devotos de las “Instituciones”, de los cuales, dada su escasa ciencia política, es lícito pensar fundasen su devoción en la belleza externa de la palabra, pueden tranquilizar su conciencia meditando en cómo la República, desde el día 14 de este glorioso mes de abril, es tan indudablemente “Institución” como lo fue la Monarquía hasta el día 13.

Cuando digo que la República española es “realidad”, quiero decir que no es un hecho vano ni una palabra hueca. Los hombres que ocupan hoy en el Gobierno de la Nación los puestos responsables aceptan plenamente su responsabilidad. Sin pararse a prometer imposibles, han empezado a hacer inmediatamente; saben lo que se hacen, y todos

ellos están consagrados, precisamente, a la tarea que les apasiona, y para la cual les han capacitado el largo estudio y la dura experiencia de la vida. No son políticos profesionales a la antigua usanza. No han subido a sus puestos por la escala de todos conocida: parentesco con los viejos magnates, poder del caciquismo, colaboración fervorosa en el sacrosanto chanchullo electoral. Son lo que se acostumbra a llamar “gente nueva”, lo cual quiere decir que están situados en el presente y no se encuentran atados ni para el pensamiento, ni para el propósito, ni para la acción por las trabas inherentes a todo régimen pasado de época y, por lo tanto, en descomposición... Para ser absolutamente justos, hay que tener esto en cuenta: no todos los errores de los últimos años son imputables a falta de honradez en las personas; muchos de ellos se deben al empeño insensato de sostener una forma de Estado que había ya cesado de responder a las realidades de la vida presente.

Casi todos son hombres de Universidad, de estudio, de esfuerzo; se han ganado la vida durante muchos años con su trabajo, y saben lo que cuesta un pedazo de pan. Son entusiastas a la moderna, con más tenacidad que exaltación; estiman al pueblo en lo que vale, y detestan la populachería. Tienen casi todos fuerte disciplina mental, por lo cual son capaces de trabajar a un tiempo con encarnizamiento y con paciencia. Saben ir a lo urgente, sin descuidar ni traicionar lo esencial, un poco más remoto. Os hablarán muy rara vez de su amor a la Patria, porque, en realidad, de lo que están enamorados es de la obra que dentro de la Patria pueden realizar. Unas veces por inquietud espiritual, otras por destierro, muchos de ellos han recorrido el mundo... y nunca en coche-cama. De este modo, se han podido dar cuenta, y no de oídas, de cómo las formas del vivir evolucionan; de cómo

aun en países tenidos por muy conservadores, no se considera delito mirar al porvenir, ni virtud aferrarse al pasado; de cómo el orden no es privilegio exclusivo de los museos arqueológicos, y de cómo es posible mantenerle al aire libre, dentro de la más decidida modernidad de ideas y de la más amplia libertad de movimientos. Bastantes de entre ellos, al sentarse a trabajar en el despacho de un Ministerio republicano, han recortado, por amor a la obra, las alas a su sueño; por lo cual, no ha de escandalizarles quien quiera volar un poco más alto, ni ha de hacerles perder la serenidad una oposición, de momento utopista, en la que tantas veces han de reconocer su propio anhelo.

Y todo esto es realidad, cosa existente y verdadera, acuerdo de los hechos con las palabras. Además, cada uno, dentro del nuevo régimen, llevará la gloria de sus propios aciertos, y tendrá que responder personalmente de sus propios errores y que sufrir la sanción penal o social en que, al cometerlos, haya incurrido. Ya no puede servir una alta voluntad irresponsable de obstáculo, contra el cual se estrele el buen propósito de unos, ni de pantalla, tras la cual se escude la incompetencia o la maldad de otros. Cuando el pueblo tenga que gritar: ¡Muera!, sabrá contra quién grita. Y todo esto también es “realidad” y, por lo tanto, garantía de acierto.

Claro es que muchas veces los que hoy mandan se han de equivocar, porque la infalibilidad no es de este mundo; pero el conocimiento de las necesidades, la visión clara de los problemas, el dominio técnico, es decir, el saber cuáles son y cómo se emplean los medios conducentes al fin, todo esto, puesto al servicio de la buena voluntad, no puede menos de dar resultado eficaz y favorable en la mayoría de los casos. Y con esto nos basta por ahora, mujeres, para que

nosotras también nos decidamos a colaborar en la creación de una Patria. Nos hemos mantenido hasta hoy totalmente alejadas de la tarea, no tanto por carencia de derecho a intervenir, como por repulsión invencible. Estábamos tan convencidas de que todo era inútil y todo ineficaz, de que gobernación, administración de la hacienda pública, instrucción, fomento de riqueza nacional... ¿a qué seguir nombrando actividades gubernamentales?, eran, no diré farsas, por no ofender, pero sí absolutas irrealidades.

Por primera vez ¿desde cuándo, Señor?, está un maestro de escuela al frente del Ministerio de Instrucción Pública, un maestro en Derecho en el de Justicia, un hombre que entiende de números en el de Hacienda, otro que ha rodado por toda la tierra en el de Relaciones Exteriores... ¡Realidad, realidad, suprema aspiración femenina; realidad, hace tantos siglos ausente de la historia de España, sueño inalcanzable, al fin estás aquí, y apenas lo podemos creer!

Mujeres españolas, cualquiera que sea nuestro credo político, estamos, indudablemente, de enhorabuena. Nuestro anhelo, que es el aliento mismo de la Vida, ha subido a regir los destinos de España. Alegrémonos, pues, sincera, profunda e imparcialmente. Pero manifestemos nuestro gozo, pagándole en esfuerzo. ¡A trabajar, hermanas, que obras son amores!

*Maria Lejarraga*  
11

*Esta conferencia se terminó de imprimir  
en los Talleres de Gráficas Granada,  
en conmemoración de la aprobación,  
en octubre de 1931, por las Cortes  
Constituyentes, del sufragio femenino.  
Sirva de reconocimiento a cuantas mujeres  
han construido con la fuerza de sus palabras  
y de sus convicciones la senda de la igualdad.  
Granada, octubre de 2003*



Instituto Andaluz de la Mujer  
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA